

mos algo de lo que pasó en el alma de María en el momento que Aquella penetró en el cielo; entónces, alboreándonos aquella luz de que María fué bañada, empezáramos á saber cuánta fué su gloria. Entre tanto, por cualquier lado que la miremos, es para nosotros un sol al mediodía, que el débil ojo mortal no puede mirar con fijeza sin verse oprimido de un inmenso peso de luz; si haciendo uso de nuestra razon queremos calcular su gloria como recompensa de su inocencia, encontraremos que, comparados con María, todos los ángeles y justos pesan á su lado tanto como un grano de arena comparado con un elevado monte; si la contemplamos como corona de la gracia de la redencion, veremos que la gracia dada á María por los méritos de su Hijo fué tan copiosa, que, repartida ella sola entre todos los hombres y correspondida por ellos, hubiera bastado para hacer otros tantos Santos; si como premio de su amor para con Dios, apénas sabremos otra cosa que repetir con el Sabio: «Que nadie puede medir la altura del cielo.» *Altitudinem cœli, quis dimensus est?* ¡Ah! Decir que el hombre mortal puede concebir algo del amor de María para con Dios, sería decir que podemos tocar los cielos con la mano; decir que él sólo sobrepuja el amor de todos los Santos juntos, es querer tirar las líneas de un inmenso cuadro; decir que todos los serafines á su lado son tibios, aún no nos manifiesta la intension de su amor: el amor de María no es mensurable. Luego la gloria con que entró su alma en el cielo es tambien inmensurable é incomprensible; porque si la queremos medir con la gracia que recibió, á los demás, dice San Jerónimo, se la dió la gracia por partes, pero á María vino toda la plenitud de la gracia de Cristo. Si la medimos con sus méritos, es necesario acudir á los méritos de su Hijo Dios; y ¿quién no sabe que, segun todos los teólogos y Padres, Jesucristo merecia infinitamente en todas las acciones de su vida, de suerte que una sola palabra, un

solo pensamiento, un solo paso, tenía un valor infinito, valor dado á estas acciones por la persona divina? Pensadlo, pues, con atencion, amados míos; despues del Verbo eterno, unido á la naturaleza humana, no encontrareis otra persona más digna que María; no es tan digna como su Hijo, pero se asemeja á Él, y se le acerca cuanto es permitido á una pura criatura acercarse á la Divinidad.

Si tanta es tu inocencia ¡oh Vírgen augusta! que sobrepuja la inocencia de todos los hijos de Adán, dado caso que éste no la hubiere perdido; si tan grande fué la gracia que te dió tu Hijo; si tan intenso fué tu amor para con Dios; si tan relevantes é inapelables son tus méritos, ¡cuál sería la gloria que os cupo al entrar en la pátria de los escogidos! ¡Oh, amados míos! Yo comprendo muy bien cuál fué esta gloria, mas apénas puedo resolver á decirla; vedlo claramente; María habia sido en la tierra el paraiso de Dios, dice el Damasceno; habia contenido en su seno al que no cabe en los cielos ni en la tierra. ¿Pensais acaso que su gloria podia ser como la de los otros Santos? Es necesario, dice admirablemente el Angel de las Escuelas, que todos los bienaventurados entren en la gloria de Dios; pero es imposible que toda la alegría de Dios éntre en ellos; porque bien puede entrar en nuestro corazon el placer que sentimos por las cosas que son inferiores á nosotros; pero siendo Dios un bien infinito, infinitamente mayor que el corazon humano, la alegría que causa su actual posesion no cabe en un ámbito tan corto; cuando poseemos este bien infinito, nosotros entramos en él, así como la esponja entra y es contenida en la vasta extension del Océano; pero Él no puede entrar en nuestros corazones, porque Él es inmenso y nuestras almas son limitadas. Mas no sucede así en María: acostumbrada esta Madre admirable á encerrar en su pecho toda la Divinidad, al penetrar por las puertas del cielo,



se renuevan en Ella todos los privilegios de su divina maternidad; y como si su gloria fuese la misma de Dios, que consiste en estar toda en su propia esencia, gloria llamada comprensiva por los teólogos, María encierra en su propia persona toda la inmensidad de la Divinidad. ¡Qué maravilla es ésta, amados oyentes! Dije que comprendía cuál fuese esta gloria, y ciertamente yo ignoraba lo que decía; lo ignoran los Santos; lo han calculado y no lo han podido descifrar los más sublimes ingenios del Cristianismo; los ángeles mismos lo ignoran, porque la gloria de María es tan incomprensible como su dignidad; sólo Dios puede comprender cómo María fué su Madre, y sólo Él es capaz de manifestar su gloria; pues, como piensa el gran Agustín, la misma María no conoce todos los tesoros de riqueza que posee, y de los cuales Dios se despojó para enriquecerla.

A la vista de un sér tan divino, y al penetrar en aquella ciudad, cuya antorcha es el Cordero, este brillante lucero de la gracia; al absorber en sí mismo el Sol de justicia á esta primogénita de la redención, tan hermosa y esplendente en el cuerpo, tan rica y adornada en el alma, no es extraño que todos exclamasen: ¿Quién es ésta? *Quæ est ista?* Moradores del cielo, nosotros vivimos extasiados en la contemplación de las infinitas bellezas de nuestro Dios. ¿Quién es ésta, cuya hermosura nos encanta hoy? ¿Quién es ésta, que todos deseábamos ver y tener á nuestro lado? ¿Quién es ésta, que ha pasado por la jerarquía de los confesores, por el coro de las vírgenes, por el ejército de los mártires, por el Senado de los Apóstoles, por la turba de los patriarcas, y por los coros de los ángeles y serafines, y recibiendo adoraciones de todos, ha subido á sentarse al lado del mismo Dios? *Quæ est ista?* ¡Qué! ¿Puede la estéril naturaleza producir tanta hermosura? ¿Puede Adán tener hijas tan puras, que, tomadas de su carne pecadora, se sienten con Dios en su mismo Trono?

*Quæ est ista, quæ ascendit de deserto deliciis affluens innixa super dilectum Filium?*

¡Oh Virgen augusta! Si despues de haberos contemplado tan llena de gloria, aún nos queda fuerza para articular, nuestra lengua sólo podrá decir con la esposa de los Cantares: *Trahe me post te, in odorem curremus unguentorum tuorum.* Llevadnos tras de Tí, correremos tras el suave aroma de tus perfumes. ¡Ah! En el tempestuoso siglo en que vivimos, en que la impiedad forma su gloria en destruir las reglas de la moralidad, enviad Vos una gota de rocío celestial sobre las almas que os aman, para que, embriagados del amor divino, sigan tus pasos por la paciencia y humildad, para que sean semejantes á Tí en su triunfo las que quisieron parecerse á Tí en las virtudes: *Trahe me*, etc. La Iglesia os lo pide; os lo piden todas las almas que desean el triunfo de la fé, pues en medio de la indiferencia del siglo actual, entregado todo á los excesos de una desenfrenada libertad filosófica, no nos queda otra arma que tu devoción para pelear contra los impíos.

Sí, amados míos: si quereis ser salvos, si pretendéis triunfar de un siglo incrédulo por sistema, si anhelais por entrar algun dia en el templo de la gloria, considerad sin cesar las grandezas de María y sus virtudes; llamadla á cada paso, que esta Reina compasiva tiene toda su gloria en socorrer á los desvalidos. Y vosotras, almas escogidas, esposas de Jesús, mirad siempre á vuestra Reina, que os precede con la cándida bandera de la pureza; este es el dia en que la virginidad fué coronada; seguid con paso firme y generoso á vuestra conductora, y estad persuadidas que la que os ha hecho compañeras suyas en el santo amor hácia Jesús en la tierra, os hará partícipes de sus glorias, de sus triunfos y coronas en el cielo. Amen.